

Y como viese que su novio nada respondía, ella añadió:

—No me lo niegues; aunque sea mentira, no me lo niegues; déjame la ilusión siquiera, déjame pensar que con nuestro arte subiremos hasta las cumbres. ¿Verdad, Esteban mío, que tú y yo subiremos?

—Os lo vine diciendo: vivo para mi arte, para mis pinceles. Con él llegaré, ten la seguridad de que llegaremos; yo no sé cuándo, porque remo contra corriente, contra la envidia arrolladora; pero un poco más tarde ó un poco más temprano, ¿qué importa? El toque está en llegar y llegaré.

—Llegaremos, Esteban—dijo la Torrecilla imperiosamente.

—Sí, llegaremos, llegaremos.

Y allí mismo se despidieron. Guillermina, llevando á Antolín de la mano, fué á buscar el otro puente más abajo, arrimándose mucho á las tapias de la Casa de Campo para recibir la frescura de la sombra proyectada por los añosos árboles que desbordan por encima de las bardas.

Guillermina volvióse para ver á Esteban, y le vió que caminaba despacio por el puente. Iba arrogante, erguido, hermoso, bañado por la lumbre solar que parecía envolverle en una caricia de amor.

También él se volvió á verla. Saludáronse de lejos. Esteban levantó la mano hacia lo alto para decir adiós con ella, pero más bien parecía repetir la última frase: llegaré. Aquella actitud soberbia, levantada la diestra al cielo, tenía acento de firmeza, de convicción profunda, de varonil arrogancia. Al menos Guillermina lo interpretó de esta manera y parecióle Esteban hermoso como nunca, y si el ardiente sol de junio le envolvía en una caricia amorosa, ella le envolvió también en su mirada llena de anhelo. Tuvo impulsos de gritar: ¡llegaremos, llegaremos!

CAPÍTULO IV

Así que Esteban se halló en las calles de la villa, se detuvo vacilando un momento y preguntándose á sí mismo: «¿Hoy dónde como?» La calle soleada estaba solitaria en aquellas horas de calor, y cobijándose en el hilo de sombra que proyectaba el alero de un tejado, reflexionó este punto: «Hoy es domingo y mi madre puede que me aguarde; hoy ella come en casa.»

Inconscientemente comenzó á caminar con rumbo á su casa, pero su paso era vacilante, impulsado por una voluntad poco segura de sí misma, y así al doblar la primera esquina cambió de de ruta y metióse resuelto por una maraña de calles angostas que iban enlazándose unas en otras por esquinazos y esconces irregulares ó mediante diminutas plazoletas que no eran más que las mismas calles tímidamente ensanchadas.

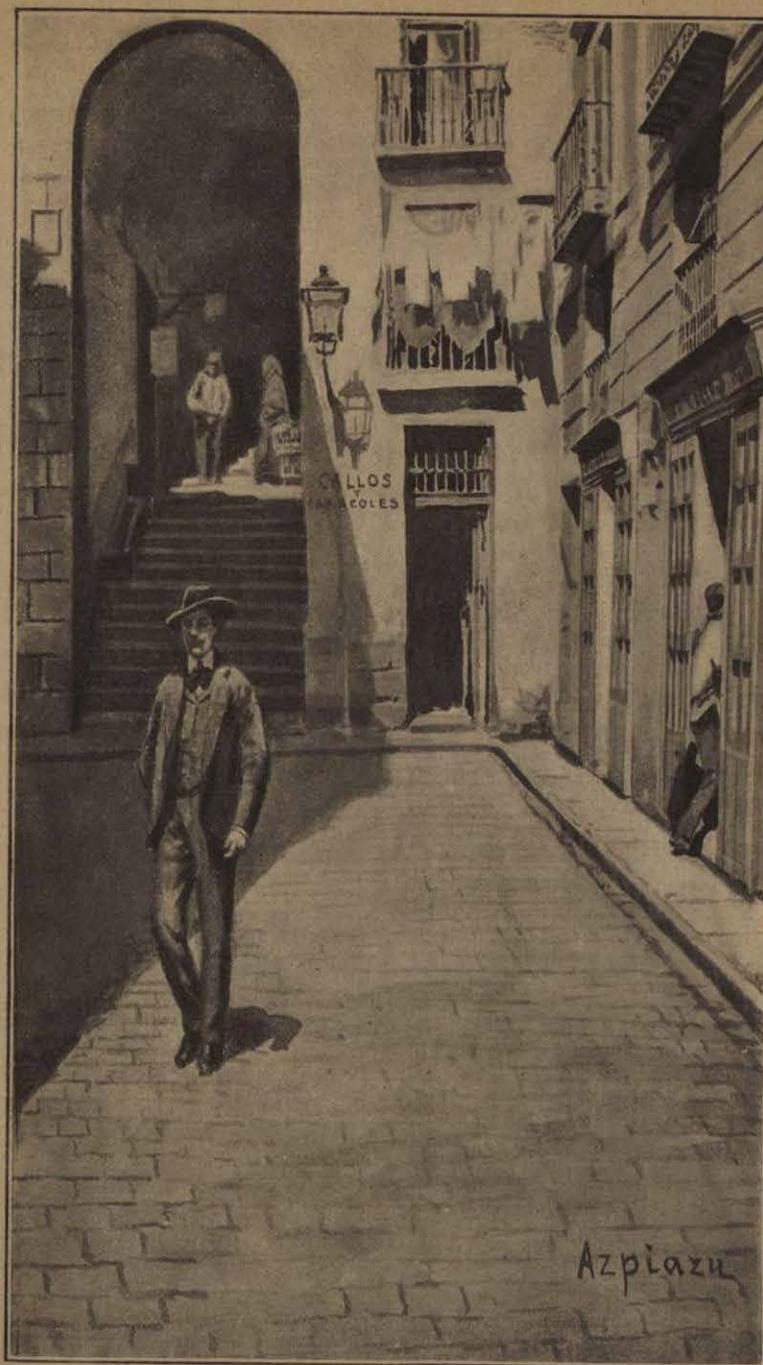
Estaban también solitarias, silenciosas, aquellas angostas vías, pero el sol que caía de plano dábales apariencias de animación y de vida. Semejaban una hoz abierta trabajosamente entre dos montañas; allí los taludes eran paredes sucias, desconchadas, feas, abiertas aquí y allá por largos y estrechos balcones de mugriento balconaje ó por ventanucos de grueso enrejado. En algunos de aquellos huecos pendían cortinajes de colores chillones, rayados de estrepitoso rojo ó de un azul desentonado y violento. No faltaban, sin embargo, algunos miserables tiestecillos de geranios, cuyas flores de fuego se esponjaban al recibir los rayos del sol que, por caso extraordinario, inusitado, descendían un momento hasta aquellas angosturas. Parecían vías abandonadas de una ciudad muerta. Esteban caminaba solitario por ellas, con el abandono del que conoce la revuelta maraña de encrucijadas. Por eso él iba casi á ciegas, con los ojos tan entornados que apenas veía al andar el suelo; porque si miraba hacia él, el sol ful-

gente arrancaba lumbre de los guijarros mismos, haciéndolos rebrillar ofuscadores, y si miraba hacia arriba le cegaba la raya de azul claro, casi blanca, deslumbradora, que se veía de alero á alero.

Por uno de aquellos hondos callejones llegó ante un tenducho que ostentaba en el escaparate apelmazados muestrarios de diversos comestibles orlados con filas de botellas. Toda aquella mercancía hallábase resguardada de las moscas por un velo de color rosado que caía lacio sobre ella. La puerta era encristalada y guarnecida en el interior por unas cortinillas rojas que celaban el indiscreto mirar de los transeuntes. Encima del escaparate y de la tienda veíase una ostentosa muestra que decía en gruesos caracteres plateados: *El Sotanillo*.

Era uno de esos típicos establecimientos que se llaman *tiendas de comida* y que ni son comedor ni son taberna, sino mezcla extraña, indefinible, de ambas cosas. De recibir nombre adecuado, fuera el que mejor les cuadrara el clásico nombre de *bodegones*. Es el caso, que en ellos penetra algunas veces tropel de alto señorío que acude á yantar allí por refinado capricho ó por dar al estómago el placer de variar la sutil cocina de aquilatadas y exquisitas especias, trocándola por los abundantes y picantes y salpimentados platos españoles. Allí el enérgico arroz levantino, allí los azafranados potes, allí los cáusticos callos, rociado todo con los más ásperos y más rapantes vinos.

Esteban abrió la puerta y entró en el establecimiento con la resolución confiada del que entra en su propia casa. El nivel del piso estaba más de medio metro por bajo del nivel de la calle y salvaban el espacio tres ó cuatro escalones. Al penetrar sentíase en el rostro una impresión fuerte de fresco húmedo; y esta caricia de tibia frescura se acrecentaba por el descanso que en aquellas horas solares recibían los ojos con el reposo de una luz discreta, suave y tamizada. El contraste con la luz estival, en la plenitud de mediodía, era tan intenso, que al penetrar allí creyérase uno sumido en caverna lóbrega. El rumor de colmena humana y aun el tufo que de aquella oscura cavidad trascendía



Estaban también solitarias, silenciosas, aquellas angostas vías...

completaban la impresión de misterio que *El Sotanillo* inspiraba al visitante que por primera vez á él iba atraído por la curiosidad, por la economía ó por la moda. Porque esta tienda de comida gozó del fugaz privilegio de unos cuantos meses de frívola moda; hubo en la corte señora de linaje y alcurnia que convidó á comer allí dentro á cuatro ó cinco amigas, también linajudas, una vez por semana. Las paellas del *Sotanillo* llegaron á gozar cierta boga cortesana, y desde el hondo establecimiento pasaban á ser servidas en mesas palaciegas. En arte culinario tiene nuestra aristocracia frecuentes veleidades plebeyas y de la alambicada cocina francesa salta caprichosa, por tres ó cuatro días, á la recia y formidable cocina española.

Desde los escalones mismos Esteban tendió la vista sobre la estancia. Era ésta larga y angosta, de techumbre baja; á media pared corría un zócalo de pino barnizado con espesa capa de brillante lustre, y el resto del muro enlucido de un color pardo, sobre el cual destacaban de trecho en trecho, en marcos de negro y oro, unas estampas acromadas de coloración opulenta representando bodegones abarrotados de comestibles; eran viva representación de la gula y, sin embargo, aquellos cromos con su exuberancia de materia alimenticia parecían puestos en aquel lugar de propósito contra la gula; en uno rebosaban desbordándose los más carnosos peces de los mares y de los ríos, alternando con los moluscos y los mariscos: un salmón abierto exhibía el lujurioso sonroseo de su carne, y á su lado un besugo luciendo su cuerpo de plata; la bandejada de ostras asentábase sobre un rodete anguilero, y no faltaban allí ni los malagueños boquerones apiñados, ni los rojos y erizados oricios del Cantábrico. Emparejando con el cromo representativo del reino de las aguas, veíase el de los aires, comprendiendo en montón desde las exquisitas aves de bajo vuelo y rico plumaje hasta los menudos y tristes pajaritos. Y enfrente de ellos, el cuadro de las carnes succulentas, de las tajadas magras, jamonosas y chorreantes, cuya rojez intensa parecía manar sangre. Y la pareja de este cromo, era otro cromo reservado á las verdes y frescas hortalizas que daban paz á la vista con la jugosa lozanía

de sus hojas. Jamás el genio flamenco en su inspiración truculenta llegó á tanto. Si aquellos cromos no eran símbolo chillón de la hartura, yo no sé lo que representaban.

A lo largo de la angosta estancia había doble hilera de mesas, dejando en mitad estrecho sendero, conducente á la puertecilla del fondo, adornada con unas cortinas blancas que se recogían á los lados en pabellones con anchas cintas de lazada roja.

Esteban pasó resueltamente entre las mesas, casi todas ocupadas por gentes de la más varia y más abigarrada y más misteriosa catadura. Para la clasificación de aquellos comensales necesitárase largo practicaje por el piélagos de la revuelta vida cortesana. Sin duda en aquel sitio se mezclaban, se confundían como en balsa turbia, aguas de distintos ríos y de varios arroyos. O más bien era aquello como terreno de aluvión, compuesto, si compuesto puede decirse, por azarientas estratificaciones. Sólo en una cosa convenían aquellas gentes: nadie gritaba; allí no restalla el voce-río tabernario, el agrio y chillón palabreo. Allí era un rumor bronco y monótono como de aguas que cansadas de correr por atropellado cauce se arremansan para descansar un momento sosegadas. Ni uno solo de aquellos hombres y aquellas mujeres levantó ni volvió la cabeza para ver al pasante; todos comían ó, apoyándose de bruces en las mesas, platicaban.

Esteban Aliaga hallóse en el segundo aposento del *Sotaniello*. Sin duda este nombre surgió de este segundo cuarto, que era, como el primero, comedor, pero tan lóbrego, tan tenebroso, que en aquellas horas en que el sol deslumbrador de junio alumbraba la tierra, allí dentro alumbraban el recinto cuatro focos eléctricos que eran como cuatro chispas macilentas en una atmósfera densa. Aún siguió Esteban más adentro, á otro cuarto metido en las profundidades del tenebroso sotaniello. Y allí, sin embargo, alumbraba luz diurna aunque escasa, gris y triste, un claror opaco que sorbía trabajosamente una ventana muy grande, guardada con tupidos y recios barrotes y cayendo sobre un patio estrecho y profundo como un pozo. Ni aun pegándose á los cristales turbios podía verse arriba el recuadro del cielo; ni el sol se

dignó nunca enviar un solo rayo á aquellas honduras. La pared, con ser muy blanca, parecía cenicienta y sucia. Sólo dos mesas había en aquel comedor, y aun de éstas una estaba como inútil arrumbada en un rincón, sirviendo para almacenar pilas de platos é hileras de vasos.

Estaba la otra mesa en el centro de la estancia bajo una lámpara apagada que se vestía de amplio pantallón verde. En torno de esta mesa halló Esteban sentados varios hombres, jóvenes todos y todos charladores, aunque al entrar él, más atendían á la comida que á la charla. Es de notar que cada uno tenía ante sí manjar diferente y también eran diferentes las bebidas con que rociaban los azafranados y salpimentados condimentos. Quién escanciaba del peleón oliente á cuero de bota, quién paladeaba el agrio rioja, quién en vez del agua bebía la sidra; quién, en fin, mostrábase ascéticamente abstemio. Sin duda, mientras unos picaban parcamente los últimos bocados de su comida, otros engullían las primeras cucharadas de una sopa hartó caldosa. Había allí trozos de roja carne chorreando sangre y platos de abundante hortaliza; allí había arroz y había ostras: á un lado una fuente de guiso indefinido y dudoso y á otro lado una cafetera humeante; aquí fruta y allí queso; en un platillo la roja mancha de unos pimientos y en otro un montón de menudas aceitunas. Aquella mesa parecía opípara síntesis de los cuadros al cromo; eran los cuadros mismos revueltos sobre el mantel salpicado de vino y de salsa.

Esteban buscó un hueco y hallóle, aunque no muy holgado, en una cabecera de la mesa, que era cuadrada y larga. Al verle entrar, todos á una, con bulliciosa algazara, le saludaron dándole á gritos la enhorabuena. Esteban, aunque habituado á las duras, procaces bromas de amigos y camaradas, quedóse parado, perplejo, y sin decir palabra, acomodóse en el sitio vacío de la cabecera.

Vino un gañán que servía de camarero, en mangas de camisa con un delantal sucio ajustado á la cintura y cayéndole por la delantera casi hasta el suelo; entre las manos estrujaba un trapajo que más que servilleta ó paño parecía bisunta aljofifa de fregar el piso. El pintor, volviéndose al gañán, le dijo:

—Tráeme *plato del día*.

Era lo más parco que, en el orden económico, podía pedirse en aquella casa, porque con cincuenta céntimos de gasto le abastecían de una ración suficiente á dar hartura á un par de jayanes hambrientos.

Desapareció el camarero y se renovaron las enhorabuenas. Esteban las recibía sin dar las gracias; su gallardo busto se destacaba airoso en la cabecera de la mesa, y su cabeza desdeñosamente erguida era la más hermosa de todas las que en torno de la mesa se veían.

Uno de los comensales, joven de menguado cuerpo, de flacos hombros, de color desleído, de faz barbilampiña, flácida, flacucha, de mirar vivo y punzante, aclaró un poco el sentido de aquellas repetidas felicitaciones que parecían salvas en honor de un éxito sonado y grande.

—Hombre, te felicito por la medalla que te adjudican.

—¿Medalla?—preguntó Esteban un poco aturrido y perplejo.

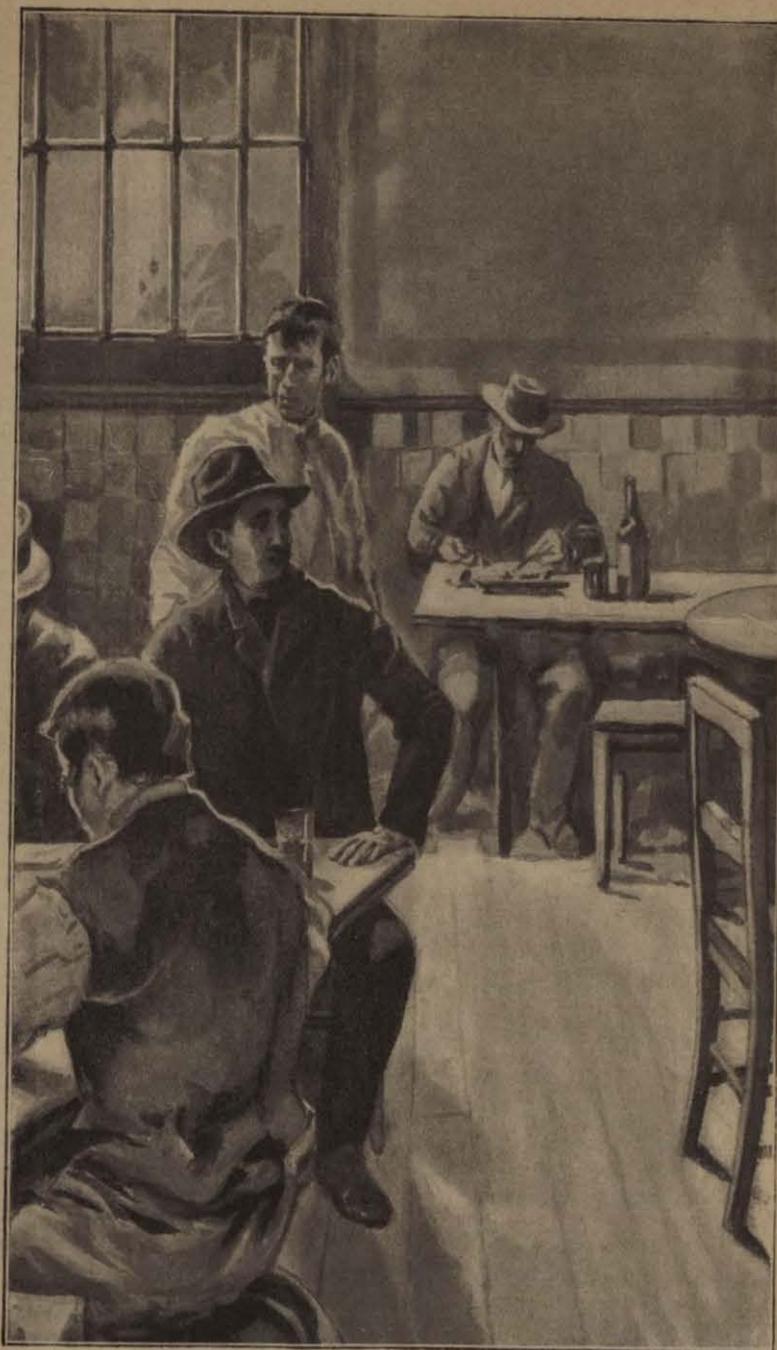
—Lo disimula por no pagar el gasto. Bueno; pues no pagues—dijo otro de los comensales, que era también flaco, pero de aventajada estatura, de rostro cetrino y barba espesa; sus ojos, al mirar, eran figadores de procacidad antipática. Hablaba con voz dulce, casi melosa, pero siempre el almibarado acento llevaba oculto el acíbar de la burla. Llamábase Elorrieta y había escrito un largo catálogo de libros, tan celebrados por la frívola crítica como desdeñados del público.

Presentóse el camarero y puso á la vera de Aliaga el plato del día en ancha fuente colmada de arroz con pimientos. Aliaga se sirvió sin parar en las desgraciadas burlas de los compañeros. Del opuesto extremo de la mesa salió una voz que con acento de provocadora ironía preguntó á Esteban por la profesora.

Elorrieta, al oír la pregunta, exclamó:

—Eso es tener novia y lo demás es... música.

Aliaga sintió el saetazo, pero seguía silencioso. Devoraba la ración de arroz que tenía delante y parecía devorar con la misma facilidad las aguzadas alusiones.



En torno de esta mesa halló Esteban sentados varios hombres...

—Oye—le dijo el del cuerpo desmirriado, al que llamaban Horrillo.—Cuándo te cases, te darás la primer vida. ¿Dónde encuentras tú esas gangas?

—Y que además es aceptable la chica—prorrumpió otro que comía á dos carrillos y entre cada bocado se echaba al colete un vaso de vino.

—¿Callaréis?—preguntó Aliaga sin descomponerse en su actitud rígida.

—Con una condición callamos—respondió Horrillo,—que cuando estés casado convides en fraternal banquete un día á la semana. Las lecciones dan para todo.

—¿Ves esta botella? Mirala; si vuelves con otra, te la meto en los sesos.

—Pues mira tú—dijo Elorrieta,—le haces un favor; así le metes el vino directamente en la cabeza.

—Ya quisieras tú que eso se pudiera hacer con las ideas—replicó Horrillo.—Entonces sí que puede que tus libracos se vendieran.

—¿Sabes tú, Esteban, que en el café del Puerto están sin pianista? Aquello por las noches parece un cementerio.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Que es una buena vacante.

—¿Para quién?—preguntó con fiera burla Horrillo.

En el mismo instante, como rápida respuesta, se vió una botella lanzada en el aire. Todos los comensales bajaron la cabeza, y el proyectil, pasando sobre ellas, rozándolas, fué á estrellarse contra la pared de enfrente, en donde dejó una ancha lacra de vino que parecía siniestro manchón de sangre.

El botellazo impuso silencio; nadie replicó y todos atendieron á sus platos. Algunos atendían, más que á los platos, á las botellas.

Esteban Aliaga comenzó á sentir en su espíritu un malestar indefinible, entre aquella banda de bohemios que con sus proccacidades insolentes le asestaban flechazos certeros; él sentíalos clavarse abriéndole dolientes heridas, y hubiera podido responder

con otras saetas de agudas puntas, pero su naturaleza fría repugnaba la pelea y contestar al insulto con el insulto. Sin embargo, él á la vez sentíase fuerte, dominador, seguro de sí mismo, y no le descomponían las acometidas provocadoras. Además en aquellas burlas venenosas adivinábase levadura de envidia; por eso se afianzaba en su desdén soberbio y aun sintió más de una vez el regodeo de su buena suerte. ¿Qué le echaban á él en cara? ¿Acaso era él, como eran otros de los que le zaherían, un atrapador de dotes bien saneadas? No; él, allí dentro, en el turbio recinto del *Sotanillo*, en la lobreguez pesada de aquella estancia, se registraba el espíritu; veía con lucidez y calma hasta los repliegues hondos. ¡Ah! Sí, por cierto; él aún conservaba rincones oreados por el aire puro de sentimientos nobles... Afectos firmes, cariños tiernos; amor..., lo que por amor se entiende, no, eso no lo sentía. ¿Cómo había de buscarlo allá dentro, si en su alma, tal cosa, no latió nunca? ¡Ojalá la sintiera!, pensó levemente entristecido. ¡Ojalá sintiese él eso que debe ser la flor de la vida! Pero nunca, nunca. Al contrario, lo que á él le enseñaron fueron odios terribles, lo que él respiró en su casa fué desamor y despécho, todo lo que significara desdén inhumano de la familia. A la edad en que brotan del corazón las dulces ternuras sintió irrumpir en el suyo maleza de abrojos y de punzadoras espinas; aprendió á ver de la vida las ásperas, las dolorosas acritudes, y así se fué formando su alma altiva y fría; la altivez del que en plena juventud conoce lo más difícil de conocer en el mundo, lo que sólo aprenden los hombres después de muchos y sangrientos desgarrones, y la frialdad imponente del que nada espera. Por eso precisamente había buscado en el arte más que nada un acomodo, un ásilo, algo que con el fácil esfuerzo de un trabajo recreativo satisficiera las vagas aspiraciones de idealidad ó más bien de mundano señorío que de cuando en cuando le acometían, y al mismo tiempo profesión de algún modo lucrativa ó al menos apariencias de ella: un rótulo, una filiación ante el mundo. Después, una vez enardecido—si es que él era hombre que alguna vez se enardeciese,—cuando la vanidad subyugadora, inmensa, que de su misma altivez brotaba lo-

zana, halló para saciarse la presa de su arte mismo, cuando el aguijón de la soberbia le espoleaba, solía meterse en lo más recio de la lucha, en lo más revuelto de la pelea. Sin embargo, estos impulsos acometedores eran fugaces; la reflexión serena, calculadora recobraba, con prontitud su imperio y replegábase fácilmente sin sentir la acedumbre de la derrota, pero conservando siempre una altivez de buen tono, un aplomo de buen gusto, una postura aristocrática, fundada con airosa pedantería en la grandeza de su arte, un arte que él creía innovador y como tal vilipendiado, escarnecido. El vilipendio y el escarnio eran sus armas y su escudo; toda su existencia se parapetaba tras ellos. Lo que los demás le negaban, lo que jurados y críticos le regatearon, él se lo concedía con tan firme convicción que, si no por su arte, dominaba por su altanería de hombre convencido. Él sería un mal artista, sobre su frente no brillaría nunca nimbo de gloria ni aureola de triunfo, pero tampoco había de obscurecerla la sombra negra del fracaso. Él, el hombre sin esperanzas, hallábase protegido por las brillantes alas de una esperanza eterna. Y con oirlas batir á su lado, Esteban iba viviendo. En verdad que no necesitaba otra cosa, como no fuese, para sustentarse, el abundante y barato *plato del día*.

En cuanto á su relación con Guillermina, también sondeaba con cálculo frío sus sentimientos, y en este punto era donde dolían y sangraban los saetazos de los camaradas. Pero cuando duele—pensaba Aliaga,—es señal de que hay vida. Y así, para él, casi era un regalo, un regodeo, que doliera y que doliera mucho. Allí estaba la carne, sensible. Con placer de voluptuosidad malsana sondeaba impasible aquellas heridas; es indudable que Esteban gozábbase en hallarlas abiertas, y llegó á veces á sentir un vago agradecimiento hacia los maldicientes que las inferían.

El zafio camarero, tosco y burdo como jayán recién arrancado del terruño, le mudó el plato y puso ante él un guisote grasiento que delataba cocina plebeyuna. Ordenóle al punto Esteban que lo retirara y que le sirviera café y una copa de kumel.

Con la aromática taza delante pareció que las ideas se aclaraban, y á lentos sorbos fué apurando el contenido. Miró á sus com-